

ciones próximas para la unión perfecta con Dios Nuestro Señor.

Procure el Director con la mayor prudencia que pudiere, conocer si las ansias y la sed son de la naturaleza ó de la gracia; en este último caso empéñese en descubrir á qué especie pertenezcan. Si el penitente no ha pasado por ninguna purificación del espíritu, oblíguele á poner en calma aquellas ansias, reduciéndolas á un afecto interior, con toda suavidad y quietud, poniéndose delante de Dios en pura fe y haciendo actos de amor sin esfuerzos que le fatiguen y perjudiquen la salud.

Las ansias de los que han pasado por alguna purificación de espíritu, si fueren excesivas deben también moderarse, conformándose con la voluntad de Dios, divirtiéndolo á otra cosa el pensamiento, abreviando la oración ó interrumpiéndola con obras exteriores.

En cuanto á las personas perfectas que han pasado todas las purificaciones del espíritu, sólo Dios puede curarlas porque El es quien produce tales ansias; mas cuando Dios se retirare algún tanto, podrán practicar los remedios anteriores.

Si temiere el Director la intervención del demonio, observe si el padecimiento que tales ansias producen es íntimo y al mismo tiempo pacífico y deleitable, si produce buenos efectos de virtud y santidad. Si esto es así no tema; en el caso contrario haga que sus penitentes desprecien tales ansias, protesten que no quieren con-

sentir en ellas, y permanezcan con fe y tranquilidad delante de Dios.

Impida el Director que tales personas se excedan en las penitencias corporales; pues de otra suerte arruinarían su salud sin conseguir que quedasen satisfechas las ansias del amor que las atormenta.

CAPITULO IV

Toques de Dios en el alma.—Unión mística y fructiva de amor de Dios.—El Extasis.—El rapto.

EL séptimo grado de oración sobrenatural es el toque de Dios en el alma. Consiste en una sensación verdadera y real, enteramente espiritual, por la cual el alma siente á Dios en lo más íntimo de su espíritu y le gusta con gran deleite.

El alma, dice San Buenaventura, tiene sentidos espirituales correspondientes á los corporales; y el conocimiento de Dios que resulta en el alma de tocarle por algún sentido espiritual, se llama experimental; y para esto se necesita que el don de la sabiduría determine la potencia espiritual del tacto al acto que se llama toque de Dios, por el cual el alma le sienta y le guste con gran suavidad y se le comuniquen en un sólo toque y con cierta eminencia la fortaleza y la sabiduría, el amor, la belleza, la gra-

cia y la bondad; siendo Dios todas estas cosas.

Los toques que suelen hacerse improvisamente; unas veces son más intensos y otros más remisos; pasan presto y son expresos; ó son más durables y son menos claros.

A más de la noticia pura y espiritual de Dios, muchas veces resultan de los toques, otras inteligencias del mismo Dios, experimentales, altísimas y llenas de delicia.

Los efectos de estos toques son enriquecer el alma de virtudes, y dejarla tan animosa y con tanta voluntad de padecer grandes cosas por Dios, que su mayor tormento es ver que no padece mucho.

El Director proceda con mucha prudencia y discreción en esta materia; porque solo se conceden á las almas que han llegado al estado de unión con Dios; y si el penitente no ha llegado á esa unión, debe desconfiarse de tales toques; lo mismo que si no se formaren en el puro espíritu; pues sólo por accidente pueden comunicarse al cuerpo; y por último si no reforman al alma, y la renuevan dejándole impresos los efectos de una gran perfección. Mas si después de un diligente examen conociere el Director que los toques que recibe el alma son de Dios, mándele que se porte en ellos pasivamente con humildad y gratitud, libre consentimiento á los íntimos afectos que Dios excita en su espíritu, sin añadir nada de parte suya para no turbar ó impedir la obra de Dios.

La unión mística y fruitiva de amor de que

ahora vamos á tratar, consiste en un amor experimental de Dios tan íntimo que por él toda el ama se pierde en Dios. Se deja en Dios perdiendo el conocimiento de sí misma y de toda su reflexión sobre sus actos, por la luz que la fija fuertemente en Dios; queda del todo anegada en aquel amor experimental, dulcísimo, y en aquella sensación de espíritu suavísimo que goza en Dios y en él se transforma por el sentimiento de la divinidad, tan suave, que quitándola totalmente de sí misma la anega toda en Dios; y de aquí se sigue la subitánea y admirable mudanza del alma que liquidándose ó derritiéndose, por decirlo de esta manera, no se siente ella misma sino solamente á Dios en ella. Sumergida en el amor divino éste la rodea, la penetra íntimamente, la inflama del todo y la transforma en Dios por el amor.

Las potencias del alma en este estado quedan suspensas, ni se ocupan para nada en sus propios actos. Esta suspensión dura poco tiempo, y luego ya la fantasía y el entendimiento se ejercitan en ellos ó con visiones imaginarias ó con alguna inteligencia que Dios comunica; y en estos casos sólo la voluntad sigue sumergida y perdida en Dios; pero algunas veces aquellas potencias vuelven á suspenderse como antes estuvieron.

Finalmente, esta unión no es indivisible, sino que puede aumentar ó disminuir en esta vida.

Aunque el Director debe hacer grande esti-

mación de la unión mística de que hemos hablado, no debe olvidar que la perfección consiste en conformar enteramente nuestra voluntad con la de Dios; y á esto debe inclinar con todos sus esfuerzos á sus penitentes, haciendo que se enamoren de aquella santa voluntad, ejecutando á pesar de su propia repugnancia lo que Dios quiere, apartando de sí con generosidad lo que le desagrade; rindiéndose con paz y alegría, con verdadero júbilo á sus santas disposiciones; procurando arrancar hasta la raíz las pasiones, las malas inclinaciones y las aficiones poco arregladas y los hábitos perversos; y adelantando siempre en este camino.

En cuanto á las almas favorecidas con la unión de amor, debe el Director evitarles todo motivo de vanidad, no manifestándoles la grande estimación que merecen tales dones; pero sí procure que correspondan á ellos con gran fidelidad.

La unión mística y transformativa de que hemos hablado, tiene varios grados que distinguen su mayor ó menor perfección; entre estos grados la unión simple de amor es el primero por donde se ha de subir á la mayor perfección. En esta unión simple de amor, el alma transformada también está perdida toda en Dios, con todas sus potencias, la fantasía, el entendimiento que no puede divertirse á otros objetos ni reflexionar sobre lo que hace; la voluntad que se deja á sí misma, que se viste de un sentimiento de Dios suavísimo que la penetra

toda y la hace vivir vida divina. Adviértase, sin embargo, que la voluntad es libre en cuanto al ejercicio de su acto; pues no es arrebatada irresistiblemente por Dios; y puede resistir el acto de amor; y esto basta para la libertad y el mérito.

Los efectos de la unión simple de amor, los explica Sta. Teresa con la semejanza del gusano de la seda. Este fabrica su capullo, y dentro de ese sepulcro queda muerto; después resucita y sale cambiado en blanca mariposa. Así el alma en la oración de simple unión, muere á sí misma y renace para Dios. Practica las virtudes con admirable perfección, con un amor de Dios muy grande y con una humildad profundísima; llena de celo sólo piensa en trabajar por la gloria de Dios; nada la detiene y únicamente piensa en el Señor.

Todos estos efectos y otros muchos van desarrollándose gradualmente hasta llegar á una perfección altísima.

La unión simple de amor es un preámbulo del desposorio celestial con Dios. El, viendo que se le ha entregado enteramente, que no quiere sino á El por esposo, y que está bien purificada y dispuesta para una dignidad tan alta, le descubre su inmensa grandeza y la hermosura y excelencia de su ser, para que ella enamorada del Señor, anhele con vivísimas ansias desposarse con Dios; estas ansias aumentan y los deseos se encienden más y más, disponiéndola para un favor tan grande. Mas todo esto

quedará perdido si el alma no es fiel al divino llamamiento.

Sea el Director prudente y discreto con los penitentes que crea haber llegado á la simple unión de amor; porque ésta se concede á pocas almas, las cuales están muy purificadas y adelantadas en la perfección. Observe si el alma en tal oración está perdida en Dios con todas sus potencias, teniendo la fantasía dormida, fijo en Dios el entendimiento y la voluntad olvidada de sí misma, sumergida en el gozo de Dios. Observe además si después de la oración el alma tiene absoluta é infalible certeza de que Dios ha estado con ella y ella con Dios; certeza que nunca pierde por más que la contradigan. Si no se hallan estas dos señales en el alma, ésta no tendrá la simple unión de amor. Mas aunque el Director tenga seguridad por estas señales de que Dios ha concedido á un alma la unión de que tratamos, no se fie de ella; sino al contrario aléjela de los peligros, y procure que se conserve en el santo temor de Dios y en la humildad.

Varias son las causas que determinan la ruina de alguna de estas almas que han llegado á unión de amor: el demonio que trata de perderlas; la afición que esas almas suelen tomar por algo fuera de Dios; el exponerse á las tentaciones y peligros; el descuidarse en las cosas pequeñas; la complacencia en los dones de Dios y la confianza en sí mismas. Según fuere el origen de las faltas, así el Director aplicará el

remedio conveniente. Si por desgracia alguna de esas almas llegare á caer, el Director no la abandone, trabaje por ella con celo infatigable, y procure levantarla, volviéndola al ejercicio de la oración y á la práctica de las virtudes.

De la unión de amor pasamos á tratar del éxtasis, décimo grado de oración sobrenatural. Consiste en la unión mística de amor en cuanto enajena el alma totalmente de los sentidos, con suavidad y sin violencia. En esto último se diferencia del raptó; y de la unión simple de amor en que la extática es más firme y más perfecta; pues llega á sacar al alma totalmente de los sentidos, lo cual no hace la primera.

El éxtasis proviene de la grandeza de la admiración que produce en el alma la contemplación de la hermosura divina. Proviene también de la grandeza de la devoción que derrite el alma que se abrasa en el fuego del amor divino cuando contempla la bondad de Dios Nuestro Señor. Procede finalmente del gozo que experimenta el alma á quien Dios sumerge en el piélagó suavísimo del divino amor, llenándola de celestial dulzura.

Los efectos que el éxtasis produce en el cuerpo son la impotencia total en los sentidos externos, para producir sus operaciones. En el éxtasis más elevado, se pierden también los sentidos internos y el alma se olvida enteramente de sí misma.

Los efectos que impresos quedan en el alma, son los mismos que los que deja en ella la sim-

ple unión de amor, pero más elevados y perfectos.

El éxtasis puede provenir del demonio, de la naturaleza ó de Dios. El demonio puede producir alguna dulzura en el apetito sensitivo, pero muy superficial; mas no suavidad íntima, ni paz y serenidad perfectas. Aquella serenidad acabará en inquietud y turbación, en ofuscación, en vanidad y otros malos efectos, en descompostura corporal; y las visiones, las palabras y sentimientos exteriores, serán ó positivamente malos ó de cosas vanas é inútiles. Ordene el Director á su penitente que resista desde el principio, que proteste en contrario y recurra á Dios y á la Santísima Virgen.

Puede proceder el éxtasis de la debilidad natural del entendimiento, que todo lo olvida al pensar en algún objeto. En este caso los sentidos no quedan enteramente perdidos ni del todo incapaces para obrar y la persona vuelve en sí al recibir alguna impresión profunda; por ejemplo si se le sacude fuertemente ó se le aplica un cauterio; lo cual no sucede en el éxtasis sobrenatural. A tales penitentes aconseje el Director que especulen menos y obren más, y que se humillen y mortifiquen cuanto puedan.

A las mujeres que son de temperamento muy sensible pregúnteseles lo que les pasa cuando están en el éxtasis; si nada han hecho, si de nada se acuerdan, si no les han quedado grandes efectos; todo será un desmayo natural. Mándeles que vuelvan en sí, que hablen y respondan;

si no obedecen el éxtasis no será de Dios. Prohíbalos los ayunos, las vigiliass y las penitencias excesivas; y que suspendan sus oraciones cuando las debiliten aunque experimenten entonces grande dulzura.

Respecto de las personas á quienes el Director crea que tienen oración extática, observe si ya están del todo purificadas y han adelantado mucho en la perfección; si durante el éxtasis Dios obra en ellas interiormente las grandes maravillas que acostumbra, y si después de la oración quedan con grandes afectos de virtud y santidad.

Si duran algunos días los éxtasis, póngaseles en algún aposento retirado y asístaseles convenientemente. Aconséjeles que huyan de la presencia de los hombres cuando prevean que pueden venirles tales éxtasis; y que rueguen á Dios que cuando se digne concedérselos no sea delante de los demás.

Hablando del raptó decimos que es de tres modos: el primero consiste en un exceso que arrebatá al alma de los sentidos externos á los internos, y la lleva á alguna visión imaginaria. Esta violencia no se hace á la voluntad sino al entendimiento por la luz que se le infunde y que lo arrebatá hasta Dios. Es propio de los que aprovechan; pero alguna vez se concede también á los principiantes; y aun á los perfectos principalmente cuando se refiere á la instrucción de los demás.

En el segundo raptó se arrebatá al alma no

sólo el uso de los sentidos externos sino también el de los internos, y la lleva á noticias puramente intelectuales, y á la unión mística y transformativa de amor con Dios. El alma obra en estos raptos como si no estuviese unida al cuerpo, sin el concurso de la fantasía y de los sentidos. Por medio de un amor espiritual y puro se transformá en Dios, y de dos espíritus se forma uno solo.

En el raptó se distingue lo más elevado de él y sus intervalos. En lo más elevado del raptó el alma está toda perdida á sí misma y con todas sus potencias está unida á Dios. No oye, no ve, ni siente. No excede el tiempo que dura de media hora. En los intervalos, la voluntad queda en Dios y las otras potencias pueden ejercitar algunos de sus actos con la luz que Dios les comunica y presto vuelven á suspenderse; y si en el raptó se tienen visiones imaginarias, esto sólo sucede en los intervalos.

En el raptó perfecto el cuerpo queda como muerto y algunas veces es llevado por los aires; y esto se advierte al principio del raptó, lo cual causa turbaciones y temores; pero el alma debe arrojarse prontamente en los brazos del Señor para que la lleve á donde quiera. De nada sirve ninguna resistencia; pero puede pedirse humildemente al Señor que impida aquella elevación; y si Dios se lo concede quedará con los mismos efectos que si hubiese condecendido en el raptó.

Después del raptó el cuerpo queda con tanta

ligereza, que al andar le parece que no toca en la tierra; y sucede á veces que de enfermo queda sano, fuerte, sin dolores, libre de toda pena.

La tercera especie de raptó es el que tuvieron, según Sto. Tomás, Moisés y S. Pablo, y en cual no tenemos para que ocuparnos.

CAPITULO V.

*El desposorio del alma con Dios.
Matrimonio espiritual, llagas y heridas de amor.*

El desposorio espiritual tiene lugar durante el raptó perfecto. El Señor, después de haberse mostrado al alma en la simple unión de amor, y de haberla preparado con ansias y penas de amor, la introduce á su presencia ó la transforma en su amor, y queda establecido el desposorio entre el alma y Dios. Síguense frecuentes raptos y éxtasis que al aumentar su belleza y sus virtudes, la van disponiendo para entrar en el tálamo nupcial de su esposo divino.

Dios Ntro. Señor en su desposorio con el alma santa, la enriquece de preciosos dones, como son el sumergirla con todas sus potencias en un abismo de luz, de paz y de suavidad inexplicables; y de comunicarle como esposa sus secretos, mostrándole alguna parte de la gloria que le tiene prevenida. Aquí también le comu-